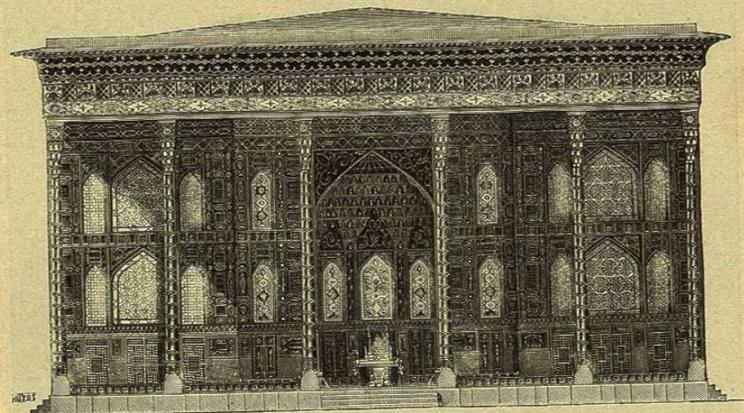


trado en Bagdad sino como prisioneros ó como esclavos, y que por su buena planta habían sido escogidos para formar la guardia de los soberanos, llegaron, como sucedió con los Mamelucos de Egipto, á imponerse hasta el punto de apoderarse del poder positivo, no dejando á sus señores más que el nominal.

Como los califas eran incapaces de hacer frente á todos los competidores que los rodeaban, dejaron desmembrar su imperio en principados independientes, y cuando desapareció el último de los Abassidas, no podía ya Bagdad

reivindicar otro título que el de primer foco científico y literario de Oriente.

A los Mogoles cupo poner fin á aquella dinastía. Eran los Mogoles uno de esos pueblos nómadas, que componen, con los Turcos, diversas razas, y á los cuales corresponden particularmente los habitantes semi-bárbaros de la dilatada meseta del Asia central que está cerrada al norte por las montañas que la separan de la Siberia, y al sud por la China, el Tibet y el mar Caspio. Según los trabajos etnográficos más recientes, y particularmente las



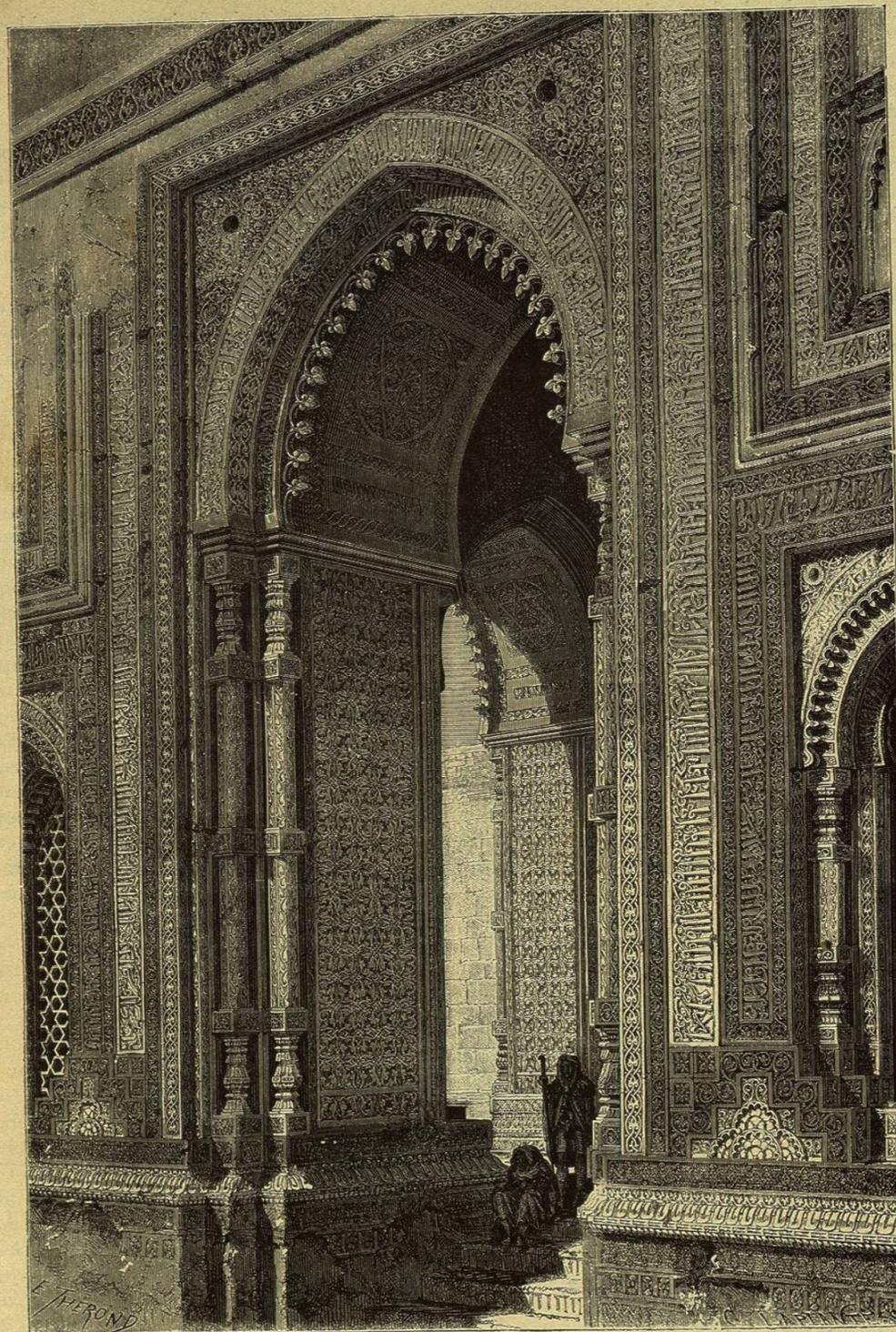
Pabellón Tcheel-Sutun, en Ispahán

opiniones de nuestro sabio amigo el catedrático Dally, los Turcos deben de formar parte, con los Mogoles, los Kalmukos, y quizá con los Tibetanos, de un grupo abstracto llamado mogólico, caracterizado especialmente por la conformación particular de la cara, por la coloración amarilla y mate de la piel, la forma cilíndrica del cabello, etc. El parecido entre los Turcomanos y los Mogoles es todavía hoy visible, y sin duda lo fué también antiguamente respecto á los Turcos, propiamente dichos, ya que Raschid Eldin, en su historia de los Mogoles, escrita en el siglo XIII, dice que «los Turcos y los Mogoles se parecen notablemente, siendo designados al principio con el mismo nombre.» Pero hoy por hoy sería imposible reconocer ningún lazo directo entre los Turcos de Europa y los Mogoles; lo cual depende probablemente de que unos y otros se han transformado por medio de cruzamientos, repetidos durante muchos siglos, con mujeres de raza caucásica, particularmente con georgianas, circasianas y persas.

Apoderáronse los Mogoles de Bagdad en 656 de la hégira (1258 de J.-C.), siendo saqueada

de arriba abajo la ciudad, y estrangulado Mutasem, el último de los Abassidas, por orden de Hulagú, jefe de los vencedores, quienes se apoderaron de todos los objetos de valor y quemaron ó echaron al Tigris los manuscritos. «Tan grandes eran las riquezas que los hombres ávidos de instrucción habían llegado á juntar en esta capital antes de tan terrible catástrofe, escribe Kotbeddin-el-Hanifi, que habiendo los Mogoles tirado al río todos los libros de los colegios, formaron con su amontonamiento un puente por el cual podían pasar infantes y jinetes, y el agua del río se volvió negra.»

Pero estos bárbaros feroces, que incendiaban los monumentos, quemaban los libros y destruían cuanto hallaban, estaban destinados á recibir á su vez la civilización de los vencidos; pues aquel mogol Hulagú, que había saqueado á Bagdad, y hecho arrastrar al pie de las murallas el cadáver del último de los Abassidas, quedó tan profundamente pasmado de las maravillas de esa civilización, de que no tenía la menor noticia, que luego se declaró protector de ella; y los Mogoles, á su vez, se civilizan



Puerta de Aladino, en el Koutab, cerca de Delhi

al lado de los Arabes; adoptan su religión y civilización; protegen sus artistas y sabios, y pronto veremos cómo fundan en la India un poderoso imperio, del cual puede decirse que fué árabe, una vez que no sólo la civilización de los Arabes substituyó á la que existía, sino que aun domina en nuestros mismos días.

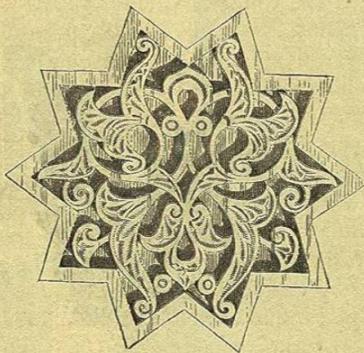
Levantóse Bagdad de sus ruinas; pero al cabo de tres siglos sufrió el dominio de los Turcos, cayendo entonces en una decadencia completa, en la cual desaparecieron para siempre bibliotecas, escuelas, artistas y sabios.

A consecuencia de su posición comercial, Bagdad es todavía un centro importante, bien que con el carácter de ciudad moderna, pues en lo que se refiere á monumentos de los califas no conserva más que algunas ruinas. Los edificios que ahora existen allí son relativamente modernos, más persas que árabes, y generalmente en muy mal estado de conservación. «Entre un espeso polvo, dice Mr. Flandin, está sepultada la base de aquellos edificios, donde apenas se halla el rastro de Harún-al-Raschid y de Zobeida. Aquí y allí se descubre en los rincones de los bazares, en el río y entre escombros sin forma alguna, lienzos de pared, en los cuales se lee difícilmente fragmentos de inscripciones cúficas, un minarete, cuyo antiguo origen atestiguan sus mismas ruinas, y algunos restos de portada esmaltada, cuyos mosaicos de color se destacan sobre un fondo de mampostería hecha pedazos; sin que los Turcos hagan el menor caso de la desaparición de estos testigos de una civilización que fué rival de la de Bizancio. Fuera de estos vestigios, tan raros como desnudos de interés, se removería en vano el polvo acumulado

en Bagdad, cabiendo decir que esta población nada ha conservado que recuerde las glorias de los califas.»

Tal es hoy Bagdad. La antigua ciudad de los califas ha ido á reunirse en el polvo del pasado, con Tebas, Babilonia, Menfis y todas aquellas otras capitales que también fueron reinas del mundo, bien que sin lograr dominarlo más que con la fuerza material de sus armas; al paso que los califas que reinaron en Bagdad le dominaron sobre todo con su civilización.

Para apreciar bien esta civilización procede salir de las generalidades á que nos hemos limitado en esta parte de nuestra obra, y examinar en detalle las obras científicas, literarias, artísticas é industriales que produjo. Tarea es esta que emprendemos en otros capítulos, cuando haya terminado la exposición sucinta de la historia de los Arabes en las diferentes comarcas que ocuparon. Y á medida que nuestra obra adelante, veremos destacarse claramente dos puntos esenciales que hasta ahora nos hemos limitado á indicar: el primero es que los Arabes supieron crear una nueva civilización con elementos tomados de los Persas, de los Griegos y Romanos; y el segundo, que esta civilización fué tan sólida, que subyugó á los mismos bárbaros que intentaron destruirla; pues aunque todos los pueblos de Oriente contribuyeron á derribar á los Arabes, todos sin excepción, hasta los mismos Turcos, contribuyeron también á propagar su influencia; y razas hubo tan antiguas como el mundo, razas como las de Egipto y la India, que aceptaron la religión, la civilización y lengua que los Arabes ó sus continuadores les enseñaron.



CAPITULO III

LOS ÁRABES EN PERSIA Y EN LA INDIA

I

LOS ÁRABES EN PERSIA

Los restos de la civilización de los Arabes en las comarcas por éstos ocupadas, varían mucho de un país á otro; y como su estudio depende del examen de las obras científicas, literarias, artísticas ó industriales que han dejado, no podemos seguir el mismo plan en cada capítulo. Por eso en Siria hemos preferido dedicarnos al estudio de las obras plásticas; y en Bagdad, donde faltaban todos los documentos de este género, nos hemos fijado en detalles de organización política, en la hacienda, administración, etc., etc.; y como estos medios de información se completan mutuamente, nos permiten juzgar desde diversos puntos de vista la civilización cuyo cuadro nos proponemos trazar.

Respecto de un corto número de comarcas, particularmente Persia, los datos que poseemos son escasos, lo cual nos obliga á contentarnos con indicaciones sumarias. Bien es verdad que bastan á demostrar que tanto la influencia que los Arabes han tenido en aquel país, como la del país sobre ellos han sido fortísimas.

Cuando estos llegaron á Persia y derribaron la dinastía de los Sassanidas, halláronse en medio de una civilización muy antigua, y no menos poderosa, de la cual tomaron, especialmente en punto al arte, muchas cosas.

Data la conquista de Persia, como la de Siria, de los primeros tiempos del islamismo; puesto que se tomó á Ispahán en 645, durante el califato de Omar, y que durante tres siglos continuó bajo el dominio de los califas de Oriente, confundiéndose algo su historia con la de Bagdad. Después cayó en manos de las dinastías independientes y efímeras que sobrevinieron hasta la aparición de los Turcos Sel-

jucidas. Los Mogoles, que los reemplazaron en el siglo XIII, quedaron á su vez desposeídos por los Turcomanos en 1403.

Estas sucesivas invasiones dieron por resultado la destrucción de todos los monumentos antiguos que habían construido los Sassanidas y los Arabes, y particularmente los que poseía la ciudad de Ispahán, los cuales quedaron del todo aniquilados; de modo que los existentes hoy datan del célebre Shah Abbas, príncipe persa, que la elevó á capital suya en el año 998 de la hégira (1589 de J.-C.), quitando á los Turcos la mayor parte de Persia. Durante un siglo pareció que esta comarca había de recobrar su antigua prosperidad. En 1739 luchaba victoriosamente contra el gran Mogol de la India, obligándole á cederle varias provincias del oeste del Indo; pero al fin cayó en la anarquía y decadencia; de modo que colocada hoy entre los Rusos que quieren avanzar hacia la India, y los Ingleses, que quieren cerrarles el paso, está fatalmente destinada á servir de campo de batalla á ambos rivales, cayendo en manos del que resulte más fuerte.

Después de ser en los tiempos pasados el foco de luchas que debían conceder al vencedor nada menos que el imperio del mundo, parece que el porvenir le reserva todavía el mismo papel.

La influencia de los Arabes en los Persas está demostrada por el dato de haber éstos adoptado la religión y los usos de aquellos; y aunque no sucedió lo mismo con la lengua, con todo hállase ésta tan extendida en el país, que desempeña un papel análogo al latín en Europa durante la Edad media, estudiando todavía los Persas las ciencias, la teología y la historia en libros árabes.

Los restos de obras plásticas que de los Arabes quedaron en Persia son demasiado escasos para que nos permitan juzgar con precisión la